

FRAGMENTOS AUTOBIOGRÁFICOS¹

Instructor personal

El encuentro con Michel, en su casa de París, representa la única tregua que tuve a lo largo de mi vida en relación con la muerte. Ahora, que los estragos de la edad golpearán también a tu puerta, apacigua recordar en detalle ese suceso. Era una tarde luminosa del principio del verano, caminé hasta su casa y a las cinco toqué el timbre. Después de una breve conversación le confesé que no podía más con la brevedad de la vida y su ausencia total de sentido, que pensaba suicidarme. Se hizo un silencio compacto y repentinamente sentí que mi tórax se inclinaba; cuando lo miré vi que a él le sucedía lo mismo. No pude otra cosa que pensar en su poder personal y salí a la calle con la sensación de haber vivido un milagro. Esta idea (ahora puedo confesarlo) fue la que motivó más de diez años de convencimiento enfermizo en el sentido de que era posible prolongar la vida si se renunciaba a todo, incluido el sufrimiento.

Textos para su analista

Dos citas vienen con frecuencia a mi memoria y siento que podrían ser suscritas por mí. Una pertenece al escritor italiano Cesare Pavese, que se suicidó por no poder aguantar más: “Esa muerte que nos acompaña de la mañana a la noche, inquieta, insomne, como un viejo remordimiento o un vicio absurdo”; la otra pertenece al escritor francés René Daumal, que murió a los treinta y cuatro años después de haber conocido (como en mi caso) la enseñanza de Gurdjieff: “El pensamiento de la nada me arañaba el vientre y volvía a roerme, como un buitre”.

De la nada al Universo, del Universo al sistema solar y del sistema solar al planeta tierra donde surge la vida

como un milagro y, al mismo tiempo, como un misterio total. Pero el misterio se agiganta con la aparición del hombre y su posibilidad de conciencia. El hombre, que vive muy brevemente, puede darse cuenta de su propia destrucción, a la que está condenado desde que nace. Esta posibilidad de conciencia (su angustia y su dolor infinito) hace que se parezca al resultado de un plan sádico.

Es posible que la humanidad (que se renueva sin cesar) cumpla una finalidad cósmica como productora de energía. Es, en el planeta tierra, una especie de tejido nervioso que vive literalmente la vida y sus ilusiones provisorias. Condenado a tener conciencia cotidiana del *nunca pero nunca más* desde los dieciocho años, siempre me llamó la atención la forma en que mis semejantes desaluden el drama y viven, en realidad, como si fueran eternos.

Mi único consuelo de la angustia permanente (especie de mandato de una intensidad alocada) fue escribir. Al hacerlo, solo atiné a recordarle a mis semejantes que se iban a morir a plazo fijo, incluyendo la ley de accidentes. Dice Gurdjieff: “Somos esclavos de esa grandeza”.

El monoteísmo, los mitos del alma, el cielo y/o la reencarnación más el carácter hipnótico de la vida (donde entre la reproducción inconsciente) son, me parece, los factores atemperantes de la destrucción total, para siempre jamás, a la que estamos condenados.

La tremenda brevedad de la vida, la condena a la conciencia del *nunca pero nunca más* hace que, como creen los hindúes, “todo sea maya, ilusión”. Freund asegura que nacer es una condena, y que es una posibilidad en veinte mil.

A los treinta años (cuando buscaba seriamente mi suicidio) encontré en la ciudad de Lima la enseñanza de Gurdjieff: el despertar y la búsqueda de la conciencia. Después, siempre sin esperanza, escribí en España *Cómico de la lengua* y un año más tarde me convencí, en París, de que Gurdjieff estaba vivo (había disimu-

lado su muerte) y de que se podía “ganar más vida”. Así enfermé gravemente y, por ironía psicológica, pasé doce años descansando de la angustia de la muerte.

Ya enfermo, una noche de delirio en la ciudad de New York, mientras miraba el loco fluir de automóviles, llegué a pensar (otra vez) que la humanidad cumplía ciegamente con un destino cósmico. Creí darme cuenta de que el planeta tierra, en la actualidad, necesita que le saquen su sangre (el petróleo) para ser consumida en gran escala. Durante mi enfermedad, fue muy fuerte en mí la noción de influencia.

Ahora tengo el doble de edad de cuando pensaba en mi suicidio y tengo que agregar el paulatino deterioro de mi cuerpo. Claro, a los dieciocho años pensaba cómo hacían los viejos para no volverse locos de horror. Esto forma parte activa de un pedido de auxilio que dirigiría a otra galaxia.

Durante la que llamé la crisis de los treinta años, se agudizó en mí el contraste de mejorar con los años y tener que envejecer, estar obligado a empeorar biológicamente. Ahora que los estragos de la edad son ya profundos (y que la obsesión de la muerte sigue siendo la misma) siento como lejana la ilusión de mi enfermedad a propósito de renovar el cuerpo. En realidad enfermé porque no pude vincular la enseñanza con una búsqueda relacionada con el después de la muerte, con la “religiosidad” subyacente que dicha enseñanza tiene.

En este sentido (y en los desvelados días que corren) recordé que Gurdjieff dice que la humanidad está compuesta de dos ríos: uno que va a hundirse en los abismos subterráneos y otro que desemboca en el vasto océano sin límites. También se habla, en la enseñanza, de que la vida nos ha sido dada para una finalidad muy alta y de que “hay que encontrar su sitio en la escala del Ser”. Estas cosas no atemperaron mi “esperanza” delirante en la renovación del cuerpo.



Pantalones largos con su abuelo, Eduardo Davis, hijo de irlandeses.

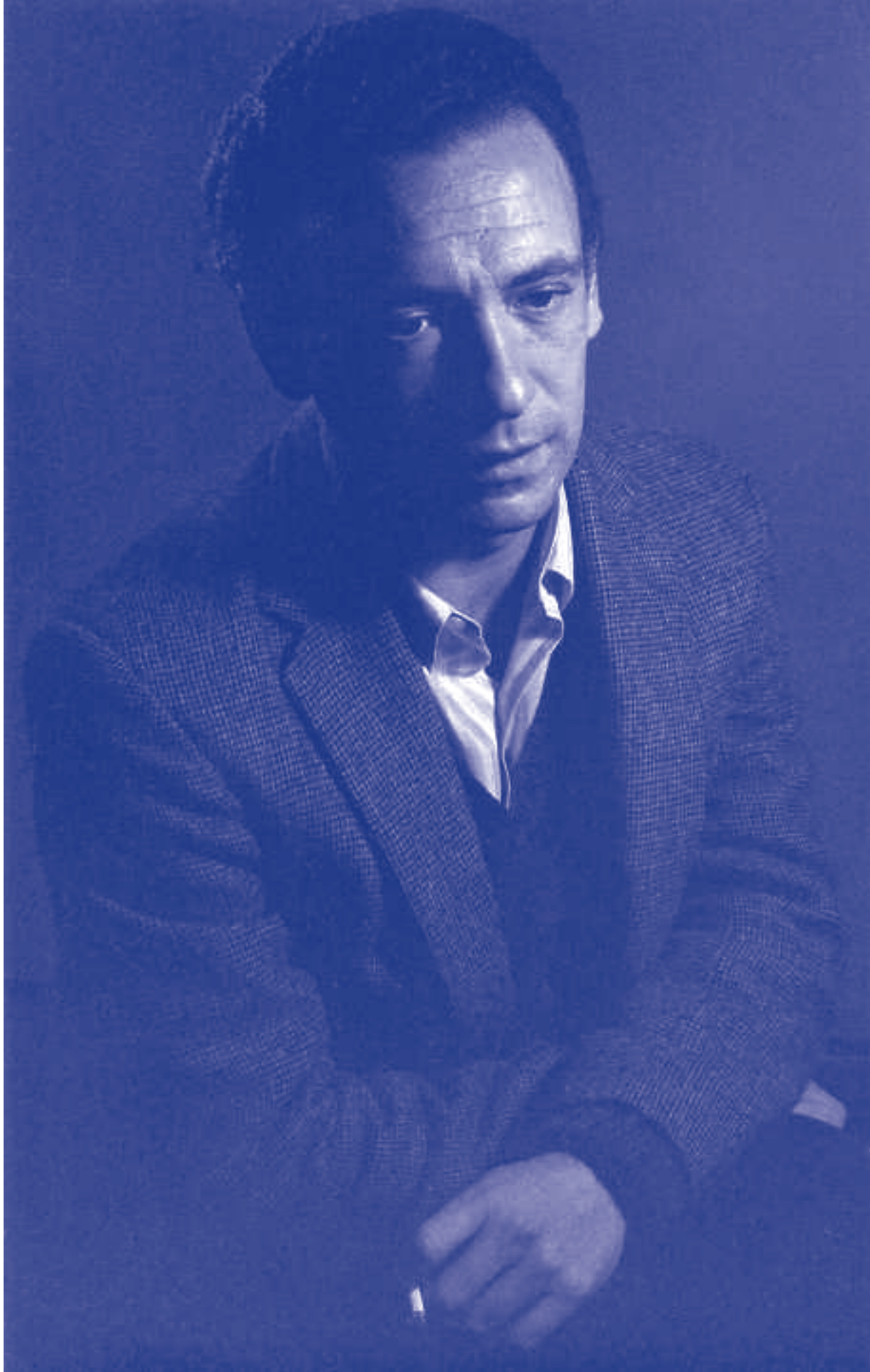


Foto Sara Facio

Le adjudiqué a mi instructor “poder personal”, telepatía incluida, y relacioné las voces que fueron surgiendo en mí con este poder. Ahora asisto a un balance dolorosísimo de la experiencia extrema a que fui llevado por mi inconsciente y se produce en mí un desgarramiento moral muy difícil de ser soportado.

14/9/95

El pensamiento constante y angustiado de la inminencia de la propia muerte (ser destruido para siempre jamás) parece hacer una pequeña pausa al tomar distancia y despersonalizarse. Así surge el profundo misterio de la vida y, de la vida, el bípedo humano con posibilidad de lenguaje y de conciencia. El milagro de que en el planeta tierra exista la condición humana aparece como completamente inexplicable. Ser un cuerpo (una verdadera obra maestra de la biología) aparece entonces como un extrañamiento aterrado que no encuentra consuelo de ninguna naturaleza. Así se reimplanta el terror a la nada y el carácter putrescible de dicho cuerpo.

La vida profundo misterio no atempera tampoco la eclosión demográfica (el abaratamiento del milagro) que posibilita la cifra de cuatro mil quinientos millones de cuerpos que se renuevan sin cesar. La gestación de la vida con base en la sexualidad es, por lo tanto, una de las acciones de mayor irresponsabilidad e inconsciencia que el hombre tiene a su alcance.

Una y otra vez vuelve a mi cabeza la certidumbre de que el ser humano carece de coordenada temporal. Frente al espectáculo “milagroso” de un recién nacido no puede (y tal vez no debe) imaginarse, por un traslado en el tiempo, que ese recién nacido será adulto en un proceso prácticamente fulmineo y que en ese proceso, de manera ineluctable, está incluida su propia muerte.

Un desolado “todavía falta” no consigue atemperar, sin embargo, la conciencia dolorosísima del *nunca pero nunca más*. Desprovisto de la posibilidad de “agarrarme de algo”, intuyo que

con el correr velocísimo de los pocos años que faltan no haré otra cosa que empeorar en mi estado de vigilia. Todo aparece como desprovisto de sentido y el Eclesiastés vuelve penosamente: “Todo es vanidad y apacentarse de viento”.

La fugacidad de los momentos del presente. Así como pasaron veinte años desde que enfermé, así pasarán los años que me quedan de vida. Nada surge en mí con la capacidad de mitigar el dolor de ser destruido para siempre jamás. Por momentos quiero aferrarme al instante, “aprovechar” la vida que me resta, pero la fulmínea velocidad del tiempo me deja sin nada. No cuesta mucho adelantarse y vivenciar la muerte de mi madre y mi propia muerte, por lo tanto la vida se vuelve extrañamiento y dolor.

El padecimiento de mi situación en el planeta tierra (no creer en nada) hace que aparezcan como muy hostiles los años que quedan. Por momentos pienso en el “gran negocio” que sería prestar oídos a la existencia del alma y/o la existencia de Dios. La humanidad entera se consuela con el reino de los cielos y yo estoy condenado, a cada instante, a dar cuenta de la nada que me espera. Tendría que anticiparme a la angustia que me espera y “pactar” con algún elemento tranquilizador.

Trabajar en algo me cuesta enormemente, apenas puedo escribir una carta breve muy cada tanto y estas pocas notas como variante. Así la idea de retomar la escritura se vuelve prácticamente imposible, sobre todo si se tiene en cuenta la sensación global de haber dicho ya todo. Solo podría escribir (y sería reiteración) sobre el aciago destino del bípedo humano obligado a vivir una vida tan breve y, al mismo tiempo, a darse cuenta del nunca pero nunca más.

Insisto, por intuición, en la necesidad de encontrar algo que por lo menos atempere el sufrimiento que me espera. Habría que “encarnar” alguna creencia que haga las veces de salida de la asfixia y el sinsentido de la vida. No puedo razonar de qué se trataría pero sí puedo

asegurar que así como voy apenas podré sopor-
tar la continuidad de los días.

En el pasado solía tener, en diferentes
momentos del día, “chispas” de beneplácito. Se
generaba en mí un estado positivo en relación
con la escritura, los amores, los viajes, etc. Aho-
ra estas especies de instantáneas se han pasado,
también, a la idea de la muerte, a la idea insos-
tenible de ser, en poco tiempo más, destruido
para siempre jamás. Ya no queda, en mi reper-
torio psicológico, nada de positivo y el interés por
la vida ha, prácticamente, desaparecido.

El tiempo, que pasa tan rápidamente en la
actualidad, es un factor de deterioro y de con-
fusión de la memoria. El “mientras tanto” sólo
tiene un asidero muy débil que se sintetiza en el
“todavía falta”. La nada, el vacío negro del nun-
ca pero nunca más genera un estado global de
gran desaliento donde ya no surge ningún entu-
siasmo. Siento que volver a escribir, ciegame-
nte, podría generar la única, y muy débil, con-
trapartida.

Desde que abro los ojos “vivencio” la muer-
te y no consigo, para el resto del día, agarrar-
me de algo. Es una angustia opaca, carente de
nervios, una especie de pasividad al límite del
llanto. Tengo que dejar de inmediato la cama
y recurrir al comprimido que uso todos los
días, así se reinstala la obsesiva asociación luc-
tuosa, sin nada ni nadie que pueda llegar a
mitigarla.

Puse el papel en la máquina sin saber lo
que iría a escribir. De esta manera asocio lo
que me sucede todos los días al despertar: sal-
to de la cama para no quedar librado a la muy
angustiante idea de la muerte. Es el peor
momento, el más difícil de sobrellevar desde
la intensidad obsesiva y la ausencia total de
argumentos para intentar defenderse.

En la obsesión de la muerte (ser destruido
para siempre jamás) me parece encontrar, como
constante, una especie de “lamento ético” ante
la brevedad de la vida y su resultado catastró-
fico. Se trataría de una queja frente al destino
aciago de tener que morir cuando lo más lógi-
co sería renovar el cuerpo para una segunda
oportunidad.

Especular con “el tiempo que todavía falta”
es una trampa tranquilizadora dado que el tiem-
po (los meses y los años) pasa con la rapidez de
un balazo. Así como pasaron los diez años des-
de que volví a este país así habrá de pasar lo que
todavía me separa de la muerte. El tiempo nos
devora impunemente, nos afea y nos enferma
hasta el último día. Es muy difícil, entonces,
“aferrarse al instante” como método para defen-
derse del impiadoso transcurso velocísimo.

Lo imposible absoluto

Martes 28

Tristeza por todo el esfuerzo inútil de la
vida estúpida, limitada, pueril, enferma, signa-
da por el egoísmo, por la hostilidad, por la
ausencia garrafal de comunión. Cualquier con-
jetura de disyuntiva se vuelve ilusoriedad: nada
que intentar en la conejera leucémica, ningún
camino, ningún atajo, ni el menor asomo de
aventura de sí.

La lucha aciaga, mezquina, pobrísima, irri-
tante por el sustento y el confort, la patrona y
los pibes, el coito obrero y el jonca luminoso.
Cuando entreví (y ya era delirio) que tal vez
podría conquistarse más vida, la perspectiva en
cierto modo razonable de una única vez tan
breve en toda eternidad, tuvo que aparecer
como demencia; tan atroz es la limitación táci-
ta y la ausencia decisiva de la menor posibili-
dad de modificación.

Ni una grieta por donde respirar otro aire,
con todos de común acuerdo en procreación y

ceguera. Cualquier sospecha leve, cualquier
conjetura de algo no tan brutal y sistemática-
mente perverso cae de por sí en lo imposible
absoluto.

Nada que hacer, nada que perfeccionar,
todas las mejores intuiciones (plenitud, impe-
cabilidad, conocimiento, servicio) naufragadas
en el acto de un charco de pus. ¡Qué feos son
los otros!

Retorno al oficio (Prehistoria de una adhesión gurdjieffiana)

Ten la muerte como consejera.

Juan Matus

Los dos primeros libros que di a la edición,
Nosotros dos, *Siberia blues* (en mi fuero íntimo
la expiación *encósica* y el mito lumpen, respec-
tivamente) configuraron casi de inmediato y a
medida que tomaba distancia, la certidumbre de
estar encerrado en un contexto típico –la ciu-
dad, el país– y, por lo tanto, asfixiado por casi
una descripción del mundo capaz de despren-
derse de él e imponerme todas sus limitaciones
y tareas de consumo.

Abrir el espectro cultural, desaprender en
todo lo posible lo aprendido oponiéndose de
paso al juicio conformista de la tribu con su
sentido de justicia autotranquilizadora, me de-
mostraron poco después que se volvía fatal-
mente necesario partir, verse lejos, superar esa
segunda limitación espantosa que el individuo
enfrenta después de la familia: el azaroso sitio
natal, con sus actores de reparto. Sin embargo
la amenaza volvió a repetirse en el sentido de
cómo enfrentarse a una diversidad caótica pe-
ro simplificadora donde el marxismo y sus li-
mitaciones estremecientes parecía oponerse a
cualquier circunstancia falsamente llamada
metafísica.

La brevedad de la vida, el sinsentido mani-
fiesto y atroz de procrearse o creer en la triste
disyuntiva inexperta de la pareja humana, me
dieron la tónica de una especie de ceguera co-
lectiva a la que terminé llamando la loca con-
fianza en la vida. De todos modos existía el
dinero, las veleidades de la historia conjunta,
las injusticias y las calamidades sociales de to-
do orden, pero yo estaba literalmente vivo por
una única e irreplicable vez y ya nada ni nadie
–dentro de lo conocido– podría tender a con-
solarme.

Mi primera recalada fue el Chile de antes de
Allende: una retórica de izquierda aterradora,
cierto alcoholismo metódico pero muy indisci-
plinado, casi lo de siempre con otro color de
bandera y otra manera de acentuar los verbos.
En Perú –¿por destino, por coeficiente de deses-
peración?– di poco más tarde por lo que suele
nombrarse como “las ideas de Gurdjieff” y
todos los incalificables y desatinados prejuicios
que rodean a este nombre desconocido de
manera real, como sucede siempre, para casi
todo aquel que se permitiría opinar.

Y terminó pareciendo providencial: los lími-
tes evidentes de escritura eran entonces reem-
plazados por una noción sospechosa en Occi-
dente: la de trabajo interior. El individuo, pro-
tagonista grandilocuente convencido de tantas
cosas ¿era convocado, por medios concretos e
indesmentibles, a percibir su propia nulidad? Y
al acentuarse la instrucción directa destinada a
una observación conciente de sí mismo, las pre-
misas adquirieron sabor de verdad en aquella
incertidumbre: el hombre no es una unidad;
actúa como una máquina; no se sabe constitui-
do por centros; no predomina su asociación
mental; desconoce la fuente de sus impulsos; lo
ignora todo en cuanto a su sexualidad, etc.

El amhor, los orsinis y la muerte, pretendió
resonar en el escándalo y la desilusión de todas
las pautas anteriores; *Cómico de la lengua*, al
plantearse la posible muerte accidental del

maestro, ahondó la segunda orfandad y convenció enteramente de la necesidad de no seguir escribiendo. Entonces pude saber, al dejar el oficio y sus satisfacciones rituales de base, que frente al conocimiento auténtico se es nada, o a lo sumo se es nada más que un derrotero equívoco capaz de desembocar fatalmente al destino y el aislamiento ineficaz.

Librado por completo a la Influencia de Trabajo Gurdjieff, el camino carecía de retorno y la realidad, hostil como siempre, se desvanecía casi en afanes orientados por todo tipo de ceguerras subjetivas. Sin embargo ¿por qué la soledad, por qué la imposibilidad de comunión se volvía, al mismo tiempo, de una evidencia estremecida? La urgencia de silencio, el pudor de no sumar una sola palabra a un instrumento sagrado, volvía también preciso reconocer, tal vez con Merleau Ponty, de qué había falta y de qué había privación.

La falta y la privación, hoy lo creo, es la mentira interior obligatoria en la que vive cada ser humano que ha descartado la verdadera aventura de conocimiento y trata a la vida no como milagro imponderable sino como un negocio obvio y colmado de grandes reservas. La literatura, mientras tanto, volvería a consagrarse como mitigadora indecorosa.

Toda cultura de entretenimiento no hace más que procurar olvido y autojustificación. El hombre no se conoce y se niega a enfrentarse a su muerte, al sinsentido de la vida a través de su muerte; así le es dado acumular pautas inútilísimas y desembocar a conflictos imaginarios en el plano de lo ideológico concreto.

En síntesis: mientras que la experiencia real de trabajo interior fue quedándose con todos los hombres (en la dirección del gran avatar de conocimiento íntimo al que no se enfrenta la máquina humana), el luminoso *Relatos de Belzebú a su nieto* se quedó, a su vez, con todos los libros. Su referencia detallada a la rara idiosincrasia de los “extraños seres tricéntricos del planeta tierra”

librados a las leyes impiadosas del egoísmo y la vanidad fue generando una sensación inequívoca de inoperancia general en toda página escrita. El fracaso humano adquirió poco a poco la vigencia de una revelación no sólo indiscutible, sino abrumadoramente literal.

Retornar al oficio doce años más tarde sería como admitir que algo podría agregarse a fin de oponer cordura al horror de la situación. La empresa es ardua y hasta equívoca, demanda sobre todo ni una línea en falso; y la precisión del viejo asunto clave en carne viva: ¿qué hacer con la verdad? ¿es que existe, perentoriamente alguna remota o remotísima posibilidad de consuelo?

Cuarta confesión casi inevitable: no parecería concebible la capacidad que posee el bípedo humano de ambos sexos para negar y criticar aquello que desconoce por completo; en cuanto se enfrenta (como en el caso del Trabajo y los libros de Gurdjieff) a algo que requeriría una dosis concreta de dedicación a fin de establecer un juicio a sabiendas, se produce infaliblemente el movimiento inverso: ignorar por completo, desconocerlo todo, a fin de que los prejuicios y las habladurías puedan justificar y generar equívocos de interpretación sin el menor cargo de conciencia. Que la aberración intuitiva, incluso, cometa una vez más esa rara justicia de banalización destructiva, y que el crimen intelectual eluda hasta la más insignificante señal de inteligencia.

1 Los textos agrupados bajo este título fueron encontrados tras la muerte de Sánchez. Se desconoce el propósito de todos ellos, salvo el de los fragmentos titulados por nosotros como “Textos para su analista”, escritos a pedido de un terapeuta a quien consultó poco después de su regreso a la Argentina. Sólo los textos “Instructor personal” y “Retorno al oficio” fueron titulados de ese modo por el propio Sánchez (N. de la R.).